

INTRODUCCIÓN

¿Quién yace en la tumba de un poeta? El poeta, desde luego, no, eso es bien sabido. El poeta está muerto, de lo contrario no tendría una tumba. Pero el que está muerto ya no es nadie, por lo tanto tampoco está en su tumba. Las tumbas son ambiguas. Conservan algo y, sin embargo, no conservan nada. Naturalmente, esto se puede decir de todas las tumbas, pero cuando se trata de las tumbas de los poetas con eso no está todo dicho. En su caso hay algo diferente. La mayoría de los muertos callan. Ya no dicen nada. Literalmente, ya lo han dicho todo. Pero no sucede así con los poetas. Los poetas siguen hablando. A veces se repiten. Esto ocurre cada vez que alguien lee o recita un poema por segunda o centésima vez. Pero hablan también para quienes todavía no han nacido, para unas personas que aún no han vivido cuando ellos escriben lo que escriben.

¿Por qué visitamos la tumba de alguien a quien no hemos conocido en absoluto? Porque aún nos dice algo, algo que sigue resonando en nuestros oídos, que hemos retenido e incluso no hemos olvidado, que nos sabemos de memoria y de vez en cuando repetimos, en voz baja o en voz alta. Con alguien cuyas palabras siguen estando presentes para nosotros mantenemos una relación, del tipo que sea. Por esa razón, no es imprescindible visitar su tumba.

Cuando se trata de tumbas, todo es irracional. Llevamos flores a nadie, arrancamos los hierbajos para nadie y aquel por quien vamos no sabe que estamos allí. Sin embargo, lo hacemos. En algún rincón secreto de nuestro corazón albergamos la idea de que esa persona nos ve y se da cuenta de que seguimos pensando en ella. Pues eso es lo que queremos; queremos que los muertos reparen en nosotros, queremos que sepan que seguimos leyéndoles, porque ellos siguen hablándonos. Cuando nos hallamos al lado de sus tumbas, sus palabras nos envuelven. La persona ya no existe, pero las palabras y los pensamientos permanecen. Podemos al menos *recordar*. Cada visita a la tumba de un poeta es una conversación en la cual la respuesta ya está ahí mucho antes que todo lo que nosotros mismos pudiéramos decir. Es una paradoja. Algo se ha dicho ya, pero sin que se haya formulado una pregunta. Hemos venido a dar nuestra aquiescencia, a estar cerca de las palabras que ya se han dicho. El que escribió esas palabras murió, pero las palabras mismas siguen viviendo. Podríamos pronunciarlas en voz alta, como si se las dijéramos a otros. Por eso vamos allí: para oír esas palabras en el silencio de la muerte y a pesar de la muerte.

En estos últimos años he visitado innumerables tumbas de poetas y las sensaciones que he experimentado junto a ellas han sido siempre las mismas. Visitamos a unos muertos a los que conocemos mejor que a la mayoría de los vivos. Yacen en muros, en lo alto de montículos, bajo modestas piedras u ostentosos monumentos, en metrópolis o en remotas islas, junto a desconocidos o junto a otras celebridades;

descansan allí desde hace tanto tiempo que hasta las inscripciones funerarias han envejecido, o en tumbas recién cavadas; las losas están de pie o yacen en el suelo; no han elegido a sus vecinos, duermen en mármol o granito junto a catedráticos u oficiales, con su esposa o su padre o sin ellos, sin palabras o con las suyas propias, palabras cinceladas en la piedra, las palabras que ya conocíamos, que un día fueron escritas con tinta sobre papel y ahora están petrificadas.

He vivido con la poesía toda mi vida y a estas alturas sé que esto no es en modo alguno fácil de explicar. Para la mayoría de las personas, la poesía apenas existe, o existe sólo de manera ocasional. Sólo raras veces sucede que una relación especial con la poesía domine la vida entera: no sólo escribirla, sino también leerla. No es algo que uno se proponga; esto se deduce fácilmente. A la mayoría de las personas les hace aborrecer la poesía la manera en que se les pone frente a ella en el colegio, donde resulta obligatoria, algo de lo que uno no puede librarse. Un lenguaje que se comporta de un modo distinto del habitual, que se torna extraño de repente. Las mismas palabras de siempre, pero como si vinieran de otra tierra. Se supone que todo el mundo tiene que conocer a los clásicos de su país, si bien son precisamente lo que se debería leer en último lugar, cuando la superficie técnica de los versos, la vetusta ortografía, la alienante gimnasia de los pies métricos ya no nos impidan el acceso a la emoción y por fin podamos penetrar con la mirada a través de un lenguaje solemne, o quizá de otro que se nos antoja de corto aliento. Éste es el prodigioso instante en el que comprendemos que allí, al otro lado del muro del tiempo, hay alguien que nos habla.

En toda gran poesía, por moderna que sea, está contenida la herencia de los clásicos, de lo anterior, de lo que a lo largo de los siglos se ha preservado para nosotros. Si tenemos un poco de paciencia y estamos dispuestos a hacer un pequeño esfuerzo recibiremos esa herencia como regalo.

Por esta razón, tal vez lo mejor sea leer en dos direcciones: primero desde hoy hacia épocas más antiguas y sólo después en sentido inverso. Entonces se pondrá de manifiesto que algunas cosas que a temprana edad, cuando empezábamos a leer, nos parecieron tan maravillosas, porque nos hablaban directamente, luego ya no nos causan ese efecto; pero en cambio descubriremos el valor de aquello que antes se presentó como inaccesible, oscuro, hermético. Si queremos decir algo verdaderamente desalentador, sólo tenemos que explicar con Shelley que la poesía abarca *all science* [toda ciencia] y es algo *to which all science must be referred* [a lo que hay que remitir toda ciencia] y, además, aseverar que leer poesía es un oficio. Pero, por fastidioso que parezca, así es. Es un oficio que se aprende leyendo poesía. Los poetas que leemos devienen maestros, a la par que nosotros mismos, y el proceso de aprendizaje dura toda una vida. En la casa de la poesía hay muchas moradas, infinitas, tan diferentes entre sí como lo son los poetas y las épocas, las sociedades y las tradiciones en las que aquéllos han vivido. El lector entra y sale de esta casa; no quiere ni imaginar una vida sin poesía, vive en un permanente vaivén de voces y lenguajes, en una incesante conversación babilónica de hablas llameantes. Para el verdadero amante de la poesía siempre es Pentecostés.

Hoy ya no puedo leer lo que leía ayer. A los diecisiete años se leen unos poemas y a los setenta otros. Antaño fueron Gorter, Rilke o Eluard, hoy son Stevens o

Juarroz, Montale o Celan, Tranströmer o Kouwenaar, Pessoa, Elizabeth Bishop, Pilinszky, Herbert, Heaney, Claus; pero esto no significa que ya no quiera leer a los de entonces. Los sigo necesitando al igual que necesito a Campert y a Vallejo o a Slauerhoff y a Rimbaud. Sé dónde están; puedo hacer que vengan a mí en cualquier momento. La poesía, en su significado más profundo, es invariable, pero habla de lo universal y del mundo valiéndose de unas voces que cambian constantemente, cada una a su manera personalísima, y de este modo ilustra y acompaña la amalgama de ficción y realidad que nos constituye. La forma en que lo hace nunca es la misma, porque tampoco nosotros somos los mismos. Siempre necesitamos a otros poetas y otros poemas, oscuros o claros, irónicos o místicos, poetas del tiempo cíclico o del tiempo lineal, o de la ciudad o de la naturaleza, poetas mundanos u hostiles al mundo. Unas veces quiero que la poesía sea humilde y ascética; otras, que cante, incluso que grite por mí; quiero que reflexione sobre sí misma, que se entristezca, que apenas diga nada, que balbucee y se esconda, o que festeje la vida y nos deje sin respiración con un torrente de palabras. Hay instantes en los que deseo perderme en su oscuridad; y otros en los que desearía que escribiera con la punzante agudeza del buril. Yo no puedo ser siempre el mismo y tampoco exijo que lo sea la poesía. Lo único que exijo es que esté ahí: hermética, clara, racional, metafísica, danzante, contemplativa, que hable del mundo en el que vivo, del mundo real, inventado, efímero, peligroso, posible, imposible, existente. Y sé que siempre estará ahí, con todas sus máscaras, con todos sus nombres y sus formas, con todos sus poetas y sus lectores: un elemento natural como el agua y la tierra, el fuego y el aire. No sabemos quiénes son sus lectores. Una «inmensa minoría», dijo Juan Ramón Jiménez, ¿y por qué no iba a ser así?

Se puede oír poesía en pequeñas habitaciones o en grandes salas, pero para leerla se precisa recogimiento; las personas que la lean estarán solas. Juntas, esas personas constituyen una sociedad; quienes forman parte de ella saben que existe. En este sentido, los lectores son semejantes a los monjes cartujos, con frecuencia juntos, las más de las veces solos. Leer es algo que hace uno por sí mismo y en soledad, una aventura espiritual: quien busque claridad inmediata y rehuya lo ignoto es mejor que se mantenga alejado de la poesía, pues ésta no siempre le servirá, no desde luego la mística de Hadewijch o Góngora, ni tampoco Eliot, Paz o Celan. Ha habido muchas veces que no la he comprendido, incluso cuando la he traducido, por ejemplo Montale o Vallejo. Pero no importó. El lector es la tablilla de cera y el poema el sello; algo me ha hablado y yo, sin entenderlo, sé lo que ha dicho. Muchas veces me he quedado contemplando unos versos de Wallace Stevens, anhelando que el poeta revelara el secreto que se escondía en el hermético espacio vacío en torno a las palabras, que dijera que no era relevante, que yo no podía leer su poema como una carta o un informe, que me llevaría tiempo hacer que se acercara a mí, o que el lenguaje no puede sobrevivir si no se le permite de vez en cuando ser oscuro e incomprensible, porque debe su posterior claridad precisamente a las aventuras vividas en regiones todavía inexploradas.

«Muchas veces hay que expresar las cosas de manera complicada», dijo una vez Thomas Eliot a Donald Hall en una entrevista. «Cuando escribí *La tierra baldía* me daba igual si sabía o no lo que decía.» El poeta como druida o médium: una idea

que, naturalmente, para el espíritu positivista es abominación. Sea como fuere, lo mismo que las personas no pueden vivir sin sueños peligrosos e inesperados, tampoco el mundo puede existir sin poesía, y por poesía no entendemos aquí nada que sea una simple ensoñación.

El amor a la poesía empieza probablemente a la edad de los grandes sentimientos, cuando uno todavía cree que un gran sentimiento engendra a su vez gran poesía. La mayoría de las personas nunca supera este malentendido, como se ve con toda claridad en las esquelas mortuorias y en las colaboraciones que se envían a las revistas literarias. Para mí sólo hay una ley, y es la ley de la autenticidad y de la lógica interna. Un poema tiene que estar en armonía consigo mismo, pero en esto los criterios son, tanto al escribir como al leer, muy personales. Aquí no hay nada que demostrar, aun habiendo mucho por decir. En última instancia es cuestión de instinto y de experiencia. Y cada lector tiene sus preferencias, que en el transcurso de los años pueden cambiar de manera espectacular. Yo, por ejemplo, no escribo poesía rimada, pero esto no significa que no me guste la poesía rimada. En mi panteón mora Eugenio Montale, quien dijo en cierta ocasión que las rimas «son mujeres viejas que llaman a la puerta del poeta para que las dejen entrar», al lado de un poeta como Gottfried Benn, con sus rimas tan sorprendentes e inesperadas, cuya exótica singularidad nos impresiona de una manera muy peculiar, al igual que en Slauerhoff sentimos en los labios el regusto amargo de su México cuando rima *pampa's* con *dampwaas* [velo de niebla], cosa que nunca más se ha atrevido a hacer nadie en neerlandés. En suma, mi canon cambia constantemente, y esto no tiene nada que ver con el eclecticismo posmoderno; sí, por otra parte y con mayor razón, con la autenticidad. Los poemas de estos tres bardos elegidos al azar son armónicos en sí mismos, cerrados, han encontrado su forma absoluta, son *dicht* [densos], como debe ser un *Gedicht*, un poema.

Los poetas cuyas tumbas he visitado sabían todo esto. Yo no revelo aquí ningún secreto. Las he visitado porque forman parte de mi vida. Porque han acompañado dicha vida de las maneras más diversas y en los momentos más variados. Unas veces eran lisa y llanamente poetas, poetas en sentido amplio: versificadores y pensadores, escritores y filósofos, es decir, junto a Celan y Dante estaban también Descartes y Wittgenstein, Mann y Kafka; y otras, como en el caso de Borges o Joyce, una combinación de ambos. Para mí son voces vivas. Ni siquiera entre miles de lápidas funerarias he tenido jamás la sensación de haber ido a visitar a un muerto. La relación es siempre personal, incluso cuando se trata de poetas que murieron hace tanto tiempo como Virgilio, Hölderlin o Leopardi. Todos forman parte de mí. Unas veces he emprendido el viaje sólo por ellos; otras, me encontraba casualmente en las inmediaciones, yendo a otra cosa. Es lo que sucede cuando se lleva una vida viajera. Simone Sassen y yo denominamos para nosotros mismos entonces el relato de nuestra búsqueda, con motivo de su exposición en Madrid, «Encuentros». En algunos casos son sus encuentros y no hay más que la imagen; en otros yo quise escribir sobre alguien cuya sepultura no pudimos visitar. Es difícil fotografiar tumbas, porque no sólo tiene que ver con la tumba misma, sino también con el espacio circundante. Los vecinos casuales son unos pesados y quieren salir en la foto, o la sepultura no está terminada todavía o es temporal, o el obsti-

nado progreso ha convertido en un contagioso oxímoron lo que en tiempos era un lugar tranquilo o sagrado: el elevado acento oracular de René Char en un panteón familiar de la burguesía, el eterno aislamiento de Leopardi, desterrado a la humareda de tubos de escape de un túnel subterráneo, el antiguo monumento a Virgilio como un dedo de piedra que se levanta ante un barrio degradado, la voz monomaniaca y agitada de Thomas Bernhard detrás de dos puertecitas de hierro, junto con otras dos voces. Bajo la luz del Mediterráneo, que inunda el Cimetière Marin, la tumba de Valéry se vuelve tan aterradoramente blanca como Polschnee; lo mismo sucedió al año siguiente con Flaubert en el Cimetière de Rouen, y me imaginé al autor de *Madame B.* liberándose por las noches de su estrecha sepultura y del asfixiante abrazo de su padre para visitar a Marcel Duchamp, que descansa justo a la vuelta de la esquina, rodeado de un pequeño ejército de otros Duchamps; aunque sólo fuera para reírse de un apotegma de alguien que murió después que él: *D'ailleurs, c'est toujours les autres qui meurent* [Además, siempre son los otros los que se mueren].

¿Cuándo empezó? Yo ya había asistido con frecuencia, cuando en mi país algún colega más viejo o más joven emprendía su último, incierto y gran viaje por las antologías y manuales, a extrañas fiestas al revés en el aula magna de un cementerio, en las que nos volvíamos a ver unos a otros. Allí se suspendían por un instante las enemistades literarias, se daba el pésame a los inimaginables parientes –los escritores no tienen familia– y se hacían conjeturas en silencio acerca de cuánto tiempo resistiría la obra del difunto antes de pasar al segundo plano de la inimaginable eternidad.

Pero acudir a entierros no es lo mismo que visitar tumbas. Para expresarlo de la manera más sencilla posible: una tumba tiene que estar cerrada, y mejor si lo está ya desde hace tiempo. La mirada en la sima abierta en la tierra, donde se ve el ataúd, y todos los pensamientos relacionados con ella tienen todavía demasiado que ver con la vida. El que visita la tumba de un poeta emprende una peregrinación a sus obras completas. Y también esto es, a su vez, una paradoja, pues no es necesario por mor de la obra ir a ver una tumba. Si aquella es buena, uno la tiene ya en la estantería y puede sacarla cuando quiera. Los poetas no están en sus abandonadas casas con sus pipas muertas, sus gafas ciegas y sus manuscritos, que tan pronto, ay, se han vuelto amarillentos, tampoco están en sus estatuas ni en sus sepulturas, sino únicamente en sus libros. ¿Por qué entonces, a pesar de ello, es conmovedor –no tengo otra palabra–, en un caluroso mediodía de verano y después de pasar horas buscando un pequeño y apartado cementerio de las proximidades de Florencia, hallarse de repente ante el muro en el cual o tras del cual descansa Eugenio Montale, entre cientos de personas enterradas? Como si hubiera querido involucrarse en el anonimato de la multitud, en un manto protector, personas corrientes, cuyos nombres en modo alguno evocarían recuerdos salvo en sus allegados, mientras éstos vivían. Arriba a la izquierda yace Umberto Manetti, arriba a la derecha la viuda Oliva Pighetti; al lado del poeta, a la derecha, Teresa Fontana, al otro lado Emilio Cammili. Quizá leyeron sus poemas, quizá fueron aficionados a la ópera y leyeron sus críticas en el *Corriere della Sera*. O quizá no, por supuesto. ¿Se puede decir que se conoce a alguien? Pero si no lo conozco, ¿cómo es posible que lo oiga?



Flaubert,
Cimetière de Rouen, 2005